

Curiosidades programáticas



Mario Córdova

Las presentaciones de las grandes orquestas por lo general se les da una estructura que consulta dos o tres obras, en las que hay una que por extensión o celebridad acapara mayor atención. La suma del repertorio interpretado habrá de generar toda una gama de percepciones, según sea la sensibilidad particular de cada auditor que asiste a ellas.

Sobre esto resulta válido plantearse preguntas respecto al criterio con que se realiza el armado musical y a quiénes participan en las decisiones que conducen al resultado ofrecido.

Con el más reciente programa de la Orquesta Sinfónica Nacional se avivó el interés de este columnista sobre este tema, recordando que el año pasado esta misma agrupación tuvo una jornada en que un vals de Johann Strauss tuvo una curiosa convivencia con una sinfonía de Johannes Brahms.

Esta vez su programa tuvo la especial característica de que dos de sus tres partes — la inicial y la del gran final — portaron una



Toro, maestría sin partituras.

CEAC

carga de severidad e intensidad cuya fuerza tendió a aprisionar, cuando no a desplazar, la breve y más liviana parte central.

Comenzar con trozos de "Parsifal" de Wagner generó un inmediato ingreso a la categoría peso pesado, más todavía por su temática de declarada religiosidad muy profunda. En el

Preludio y "Encantamiento del Viernes Santo" el joven director chileno Luis Toro Araya, sin partitura, logró la perfección de lo preciso, extrayendo de la Sinfónica (aquí enorme) sonoridades tan macizas como conmovedoras. Se perdonan pequeños desajustes en los instrumentos de bronce.

El plato de fondo fue la Sinfonía N° 1 de Jean Sibelius. Tremenda obra, que Toro, al igual que lo de Wagner, nuevamente de memoria, brindado una versión memorable con la Sinfónica igualmente en pleno. Nada más que agregar; fue magistral.

Entre Wagner y Sibelius se incluyó el breve Concierto para trompeta y orquesta de Johann Nepomuck Hummel, la más famosa y casi única creación verdaderamente célebre para este instrumento solista de sonido tan brillante, que demanda una orquesta pequeña. La Sinfónica dio aquí descanso a una buena parte de su dotación. Muy esquiva de las programaciones, haberla dispuesto fue un acierto, pero en la raya para la suma de este programa sus aires festivos y virtuosismos pueden no haber alcanzado a quedar en la memoria de la audiencia. Su solista — otro acierto — fue femenina. En su cometido la española Ana Romero tuvo una actuación notable, con ciertas frialdades que restaron mayor alma a esta obra.